

Después de penosísimas marchas, la brigada de Oaxaca se unió á la división del General Ampudia, de la cual formó parte hasta después de la batalla de Calpulalpam, donde Gonzalez Ortega dió el golpe de gracia á la reacción. Pasada la ocupación de la capital la brigada de Oaxaca regresó á su Estado en Enero de 1861.

Convocado el país á elecciones generales para constituir los tres poderes, Legislativo, Judicial y Ejecutivo, Porfirio Díaz fué electo por Oaxaca diputado al Congreso de la Unión, por cuya causa se separó del mando de sus tropas, viniendo á desempeñar su encargo.

Hasta aquí el primer periodo de la carrera militar y política del Señor Díaz, periodo que puede llamarse de iniciación, y durante el cual reveló las altas dotes que más tarde lo presentaron como el caudillo más estimado y más popular de los Jefes republicanos.

Educado en la escuela de los hombres prominentes de la República, como Juarez, Ocampo y Zaragoza, fué el digno imitador de sus virtudes cívicas, dando siempre muestras indudables de su lealtad, de su valor y su adhesión á las instituciones.

En la lucha que iba á sostener el país para salvar más que los principios de libertad y reforma, la Autonomía Nacional, Porfirio iba á descollar en primer término, hasta llegar á conquistar un renombre europeo y el alto puesto con que México ha premiado sus servicios.

Vamos á seguir esta segunda parte de la historia del campeón de la democracia y de la independencia por más árdua que la empresa sea, porque al recorrer las acciones militares del Señor Díaz tenemos que invadir algo la historia contemporánea de México, que sólo debía ocupar mejores plumas y no la nuestra, que en vez de las galas literarias sólo está inspirada por el espíritu militar y por la más justificada imparcialidad en sus apreciaciones.

## CAPITULO V.



ESTAURADA la República, organizados los Poderes constitucionales de la Unión y de los Estados, y vencidos hasta su completa destrucción los ejércitos de Zuloaga, Miramón y Márquez, parecía que la paz iba á restablecerse completamente.

Pero, por el contrario, la guerra intestina se recrudeció más, fomentada por el clero que tenía esperanzas de un triunfo completo, con el apoyo que se prometía del extranjero.

En efecto, el directorio conservador y los príncipes de la Iglesia se agitaban sin cesar en las cortes europeas solicitando una intervención armada para salvar sus fueros y sus intereses, aun á costa de la independencia de México.

Fuerte el clero con la esperanza de una invasión, y apoyado por la complicidad de los ministros extranjeros residentes en la capital, se propuso sostener la lucha contra el partido republicano vencedor, oponiéndole, no ya las tropas organizadas vencidas en Calpulalpam, sino hordas de bandidos que armó en toda la extensión del territorio.

Comenzó entonces la guerra de guerrillas, la más asoladora de las que puede presentar la guerra civil, y no hubo pueblo seguro, ni camino que pudiera cruzar el viajero sin ser robado y asesinado.

Zuloaga, el ex-presidente de los reaccionarios, apareció entonces recogiendo el puesto que había abandonado Miramón en su fuga: y en torno de aquel se agruparon los principales Jefes del partido conservador, que se ocultaron después de la derrota de éste en Calpulalpam.

Pronto se reunieron muchas gavillas, sobre todo las que expedicionaban en el Valle, formando casi un cuerpo de ejército de cuatro mil hombres. Al frente de estas fuerzas se hallaba el tristemente célebre Don Leonardo Márquez, militar audaz y entendido, á pesar de que entre sus cualidades de soldado enérgico descollaban los instintos del verdugo.

El héroe de Tacubaya comenzó en aquella época una serie de correrías en las cuales asoló poblaciones, robó á los pueblos y las haciendas y asesinó á cuantos sospechaba fueran liberales, sembrando por todas partes la desolación.

El Gobierno constitucional organizó en Junio de 1861 una división que saliera en persecución de los bandidos, á las órdenes del General González Ortega. Pero Márquez, que sintió la combinación proyectada para darle alcance y que por sus partidarios en la capital sabía el plan de la campaña que contra él iba á hacerse, retrocedió violentamente, y tomando un rumbo distinto, marchó sobre la capital que sabía estaba desguarnecida, creyendo que podría ocuparla. En efecto, el día 24 de Junio en la tarde se presentó Márquez en la Calzada de la Tlaxpana, cuando nadie podía aguardar aquel ataque, y el Gobierno ignoraba la proximidad del enemigo.

Los reaccionarios arrollaron una pequeña fuerza que estaba destacada en la garita y avanzaron por la Calzada de San Cosme penetrando á las primeras calles de la ciudad.

Al saberse en Palacio lo que pasaba el Señor Juárez dictó violentamente algunas órdenes, enviando al General Mejía á San Fernando, donde estaba alojada la brigada de Oaxaca que éste Jefe mandaba.

Porfirio Díaz en aquellos momentos ocupaba su asiento en el Congreso, que estaba en sesión. Al saber el joven soldado lo que ocurría, pidió permiso al Presidente del Cuerpo Legislativo para salir del salón.

Rápidamente se dirigió al convento de San Fernando, donde se alojaban las fuerzas de Oaxaca, presentándose al General Mejía y ofreciéndole sus servicios.

Este General había avanzado ya, para contener al enemigo, algunas fuerzas, que marcharon por el Puente de Alvarado, donde situó también unas piezas; pero la infantería tendida en ala en todo el ancho de la calle, sufría fuertes pérdidas con el fuego de los reaccionarios que habían penetrado hasta Buenavista.

Tomando entonces Porfirio cuarenta hombres de la Compañía de Granaderos del primer batallón de Oaxaca, marchó á paso veloz por el lado izquierdo de la Calzada sobre la columna reaccionaria que á cada instante avanzaba más.

Para comprender estos movimientos hay que tener en cuenta que en aquella época la arquería de San Cosme dividía en dos mitades desiguales en anchura aquellas avenidas y calles.

El General Díaz marchó tras de los arcos del acueducto, por el lado derecho del enemigo: cubriéndose así se colocó en el flanco derecho de la columna reaccionaria: y salió repentinamente sobre ésta, haciendo un fuego vivísimo: el enemigo, sorprendido, creyéndose envuelto y no pudiendo ni sospechar que un puñado de hombres hiciera tan audaz evolución, emprendió una violenta retirada, que pronto se convirtió en fuga vergonzosa.

Porfirio continuó su tenaz persecución hasta arrojar á los reaccionarios fuera de la garita de la Tlaxpana haciéndoles muchos muertos, heridos y prisioneros, y tomando muchos caballos de la caballería que mandaba Domingo Herran, que fué quien dió aquel ataque.

Márquez se retiró avergonzado en completa dispersión, dejando las calles y las calzadas regadas de cadáveres, y sus heridos abando-

nados. El Gobierno ordenó recoger éstos, y los mandó asistir con el mismo empeño que á los heridos de las tropas federales.

Aquella acción del Señor Díaz fué estimada en todo su valor por el Señor Juarez, quien viendo el entusiasmo con que combatían los oaxaqueños á las órdenes de aquel Jefe, con quien habían hecho toda la guerra de los tres años, pidió permiso al Congreso para ocupar al joven diputado. Lo nombró Mayor de órdenes de la brigada de Oaxaca, y habiéndose enfermado el General Mejía quedó al fin como Jefe accidental de aquellos.

Gonzalez Ortega había vuelto á la capital desde que supo que ésta había sido atacada por Márquez. Pero pronto salió con su división para continuar la persecución del Jefe reaccionario, formando parte de aquel cuerpo de ejército la brigada de Oaxaca que mandaba Porfirio Díaz, y que marchó en la vanguardia.

Márquez llevaba cinco mil hombres, ocho piezas y muchas partidas sueltas de caballería que se le habían unido, y que mandaban los guerrilleros más temibles y sanguinarios del clero.

Entonces comenzó aquella carrera vertiginosa del asesino de Tacubaya, quien recorría distancias enormes, cruzando sin detenerse montes y sierras, pero llevando siempre tras de sí á Gonzalez Ortega que lo amenazaba de cerca.

Por fin Márquez, creyendo haberse desviado bastante de las tropas del Gobierno, se decidió á dar algun descanso á los suyos, pernociando en Jalatlaco.

Márquez era un General demasiado práctico para no establecerse sólidamente en un campamento; cubrió todos los caminos y avenidas con fuertes avanzadas, y envió por todas partes exploradores para tener prontas y seguras noticias de la marcha que siguieran las tropas del Gobierno.

Así creyó poderse retirar á tiempo ántes de que Gonzalez Ortega le sorprendiera; pero no contaba con que iba á la vanguardia de éste Porfirio Díaz, tan conocedor de nuestra táctica en aquella época de sorpresas y asaltos inesperados.

Este valiente Jefe, dejando muy atrás á la división y marchando á paso veloz en la madrugada del 13 de Agosto de 1861, penetró sin ser

visto con la brigada de Oaxaca en el centro del campamento de Márquez, quien no sintió á su enemigo hasta que éste llegaba al átrio de la Parroquia de Jalatlaco, donde aquel había situado su cuartel general.

Y el empuje con que acometió Porfirio fué tal que, marchando al frente de su columna, se encontró casi sólo en medio de los reaccionarios que comenzaban á salir de su estupor, y recibían á los soldados federales con un fuego nutridísimo de fusilería.

Esto pasaba cuando la oscuridad era aún completa, y debido á una casualidad inexplicable, el caballo que montaba el Señor Díaz, á los disparos de la artillería, retrocedió hasta la cabeza de la columna republicana.

Entonces Porfirio hizo marchar á ésta en medio de una tromba de plomo y metralla y asaltando el átrio, y emprendiendo un combate cuerpo á cuerpo, derrotó al fin completamente al enemigo.

Márquez y otros de los principales Jefes huyeron, llevándose á su presidente Zuloaga: su ejército quedó destruído, dispersándose algunos cuerpos, y quedando el resto prisionero. Al salir el sol se vió con sorpresa que los vencedores eran la séptima parte ménos en número de los que se habían rendido.

En esos momentos llegaba Gonzalez Ortega con el resto de su división, cuando sólo á lo lejos se oían algunos disparos de los pequeños grupos de las guerrillas reaccionarias que huían á todo escape.

El General en Jefe sorprendido ante aquella victoria tan espléndida, alcanzada á fuerza de valor y audacia, pidió el ascenso de Porfirio Díaz á General de Brigada, aunque declaró que en otras circunstancias hubiera pedido se procesara á éste, que había obrado sin órdenes ni instrucciones del cuartel general.

Para precisar mejor los ascensos que obtuvo en su carrera militar el Señor Díaz, debemos recordar que en aquella época sólo era Coronel, cuando contaba ya siete años de servicios, y en su trascurso había hecho once grandes campañas, y había dado incontables combates parciales.

Y sin embargo, hasta el 22 de Agosto de 1860 el Señor Juarez había expedido al Señor Díaz despacho de Coronel del ejército per-

manente y al siguiente año, el 23 de Agosto de 1861, nueve dias después del triunfo de Jalatlaco y al recibir el Presidente de la República el parte detallado de esta acción, le premió con el grado de General de Brigada.

Veamos como fué conquistando sus ascensos uno á uno, con su valor y su ardiente patriotismo.

CAPITULO VI.

Batalla del Mineral del Monte.—El Ejército de Oriente.



O se desalentó la reacción con este golpe tan rudo: el Directorio, que en la Capital fomentaba la conspiración contra el Gobierno Constitucional, contaba no solo con el inmenso número de gavillas que asolaban al país entero, sino con la intervención europea, que iba á traducirse muy pronto en una invasión.

Los principales directores de la reacción clerical sabían que tres potencias estaban ya prontas á formar una liga armada para intervenir en los asuntos de México y derrumbar al Señor Juárez. Alentados con esta confianza no se preocupaban de las derrotas que sufrían sus caudillos como Márquez, Butrón, Lozada y Mejía, y pronto recluta-

ban nuevos bandidos para cubrir las bajas sufridas en cada combate.

Una estela de sangre y esterminio dejaban á su paso las hordas clericales, y por donde pasaba Márquez, sobre todo, solo quedaban pueblos arruinados, cadáveres insepultos y patíbulos levantados en nombre de la religión.

Liberales eminentísimos, patriotas sin mancha y patricios llenos de virtudes cívicas habían sido asesinados por el héroe de Tacubaya. El terror imperaba por todas partes, y la nación extinguía sus últimos alientos vitales en aquella guerra civil, la más terrible y prolongada que se registra en nuestros anales. La miseria agoviaba á todas las clases sociales, las industrias estaban paralizadas, y el Gobierno apenas podía obtener recursos insignificantes para sostener á sus soldados, que leales y sufridos se batían día á día, obteniendo triunfos espléndidos.

Los derrotados de Jalatlaco cruzando montes inaccesibles fueron á abrigarse á la sierra de Querétaro, que les ofrecía un refugio seguro para reponerse de sus pérdidas.

Allí, con los abundantes elementos de que disponía Don Tomás Mejía, se reorganizó de nuevo el ejército reaccionario, que bajo la dirección de este Jefe emprendió una nueva campaña tan rápida como atrevida.

Aquellas masas se precipitaron por las vertientes de la Sierra, y Mejía, Márquez y Zuloaga llegaron á Pachuca con fuerzas numerosas y bien disciplinadas.

El Gobierno republicano sintió el peligro que le amenazaba si aquellas masas invadían el valle, y pensó salvarse con un golpe de audacia.

Era Ministro de la Guerra el General Ignacio Zaragoza, quien había llegado á tan alto puesto por los importantes servicios que prestó á la Nación en su carrera militar tan breve como gloriosa.

El joven Secretario de Guerra no se intimidó ante el peligro por grave que fuera éste. Puso á la capital en estado de sitio, y formando una pequeña brigada con las tropas que guarnecían la ciudad, la hizo marchar al encuentro del enemigo, ordenando que saliera de la capital en las altas horas de la noche, para que nadie lo supiera.

México sólo quedó cubierto con el cuerpo de Inválidos, el Escuadrón Leandro Valle y la policía. La división tan violentamente organizada y puesta á las órdenes del General Santiago Tapia marchó á Pachuca y de allí salió al camino del Mineral del Monte al encuentro del enemigo, tres veces mayor en número.

Pero iban con el valiente General Tapia y al frente de los cuerpos Jefes como Mejía, Porfirio Díaz Mayor de Ordenes de la brigada de Oaxaca, y el Teniente Carlos Salazar que tantas glorias conquistó luchando por la libertad y la Independencia.

Pronto estuvieron á la vista los combatientes. El ejército reaccionario, suspendiendo su orden de marcha, estendió sus extensas alas, asombrándose de que osara detenerlo aquel puñado de constitucionistas. En el campo de los clericales se veían á Márquez, á Mejía y á infinitos Jefes que eran renombrados como los mejores del ejército conservador.

Tapia sin vacilar organizó sus columnas y las lanzó sobre aquella imponente masa. Porfirio, Salazar y Alvarez al frente de ellas se arrojaron al combate, sin contenerse un instante por el fuego nutridísimo con que los recibía el enemigo. Los soldados de Oaxaca habían sido habituados por su joven General á no contar á los contrarios, y á pesar de las muchas pérdidas que sufrían los dos Batallones de aquel Estado, y que marchaban á la cabeza de la columna, cruzaron el espacio que los separaba de los reaccionarios y trabaron al fin con éstos una lucha cuerpo á cuerpo.

El combate fué espantoso, y entre el incesante tronar del cañon y de la fusilería y entre el humo que envolvía el campo apenas se escuchaban los gritos de los combatientes y los gemidos de los moribundos.

Al fin comenzó á cesar el fuego y á disiparse la humareda, los republicanos habían tomado la artillería de los clericales y ocupado el campo de éstos, haciendo muchos prisioneros. La caballería federal perseguía á los dispersos, en tanto que los Jefes de la reacción hacía tiempo que habían desaparecido, huyendo en una carrera vertiginosa.

La pequeña división republicana tornó á la capital que había salvado cubierta de despojos y laureles, siendo recibida con entusiasmo, no sólo por las autoridades, sino por la población entera que había vis-

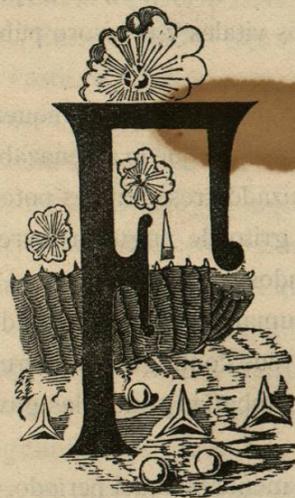
to con terror acercarse á la ciudad las terribles hordas de la Sierra.

El golpe que sufrió la reacción fué tan grave que su directorio, no pudiendo organizar ya grandes cuerpos de ejército, se conformó con fomentar la guerra de guerrillas, armando nuevos bandidos que robaron diligencias, asesinaron pasajeros y saquearon las haciendas y pueblos indefensos.

El Gobierno general tuvo sin embargo algun respiro, pudiendo consagrarse á organizar fuerzas para rechazar al enemigo extranjero, que iba á aparecer muy pronto en el primero de nuestros puertos del Golfo.

## CAPITULO VII.

### La intervención extranjera.



IRMADA la convención de Londres entre Francia, Inglaterra y España, no pudo por mucho tiempo guardarse el secreto diplomático á cuya sombra se había formado aquella liga tripartita, constituida contra una nacionalidad americana, é inspirada por intereses heterogéneos y hasta contrarios.

El Gobierno mexicano, sin embargo, había tenido noticias de la conspiración europea que se tramaba en su contra por la política de oscurantismo adoptada por los conservadores mexicanos, que se habían fugado de su país, más que por orden del poder público, por el miedo que tenían de que se descubrieran sus tentativas contra la independencia de la patria.